

Emprendemos el descenso en mal hora por el camino más corto y más difícil, agarrándonos a las plantas y a los riscos, destrozando la ropa. Entramos en Hornachos por la parte más alta, por los restos empedrados aún de unas calles antiguas, ya desaparecidas, unas calles que buscaban la protección del castillo. Ya estamos junto a la iglesia. Una iglesia de enorme torre, de inmenso campanario para muchas más campanas que las que tiene.

Hornachos es una escalera apoyada en la sierra de Hornachos. Y en un descanso de esta escalera, en la plaza del Ayuntamiento, toma alientos el pueblo y lo tomamos nosotros.

## DON BENITO

¡Qué ganas tenía de conocerte, Señor Don Benito! Hasta mi tierra, tan lejos de ti, llegaba tu fama de rico señor extremeño. Yo te imaginaba dueño de muchas dehesas, yo te imaginaba opulento y feliz.

Sí; ya sé que has sufrido mucho durante la guerra. No tienes que contarme nada.

Me enteré de tu existencia, hace ya muchos años, en la Geografía del bachillerato. Me hizo gracia tu nombre y pensé que cuando tú fueras don debía merecerlo, que tú no eras un pueblo cualquiera.

Por fin te he conocido, «Ciudad de Don Benito. Cabeza de Partido, Provincia de Badajoz», como tú mismo te pones en un letrero que me sale al paso.

Te he conocido y no me has defraudado.

Te presentas muy decentemente con tus calles anchas y limpias, con tu buena plaza en donde tienes tu Banco de España como cualquier capital.

Pero tienes también una iglesia preciosa que habla muy bien de tu espíritu. He entrado en el interior cuadrilongo y he contemplado con admiración las inclinadas y esbeltísimas columnas semejantes a palmeras que unen sus airosos penachos en las bóvedas.

Y en tu solar se levantan las nobles casas del marqués de Valdegamas y del conde de los campos de Orellana.

Aunque naciste en el siglo XV — una cigüeña te trajo de Medellín, de donde eran tus padres — no pareces viejo, Señor Don Benito. Y eres grande, muy grande. He dado muchas vueltas por ti, quedándome siempre la sensación de que aún me falta mucho Don Benito todavía. Quise verte todo junto desde el parque y no lo he conseguido. Desde allí se ve donde empiezas, pero no donde acabas. No sé hasta donde eres capaz de llegar con tus calles largas y tus casas bajas.

Son las ocho de la tarde. Me he quedado cerca del parque viendo como el sol se oculta en unos montecillos. Tus lejanías, Señor Don Benito, son bellas y nostálgicas. En la verde llanura camina como un escuadrón de caballería, una ancha columna de árboles.

## ASPIRACION

Una palabra sencilla

donde desnudo me encierre.

Contorno de mi sustancia

sin peso para que vuele.

Palabra que sea tan justa

que, si me fuí, me recuerde.

Palabra que sea tan mía

que quien la escuche me piense.

Sobre la espuma del tiempo

mientras mi espera ya duerme,

un corazón que se pudra

para que, muerto, me siembre.

Si encuentro justa palabra

sabré que la vida vuelve.

Quien al hablarla me viva

me salvará de la muerte.